

La economía política como ciencia: la permanencia de una convicción mal compartida**

Introducción. I. La economía política, una ciencia exacta: el enfoque de la teoría del valor. II. La cientificidad de la economía: la permanencia de una duda irreductible. Referencias.

Introducción

Para muchos economistas contemporáneos, los progresos considerables de la formalización y el recurso sistemático a técnicas cuantitativas cada día más perfeccionadas son los que justifican la idea según la cual la economía ha llegado ser una “ciencia dura”. No obstante, la reivindicación de tal estatuto no ha tenido que esperar el período moderno para manifestarse. Tampoco se trata de

algunos precursores aislados y desconocidos. Por el contrario, nos podemos arriesgar a sostener que desde la época de su constitución en disciplina autónoma (segunda mitad del siglo XVIII) la economía política ha sido mayoritariamente concebida, por los que la han desarrollado, como una ciencia análoga a la de la naturaleza. La evolución reciente de la disciplina ha podido dar argumentos suplementarios a los economistas que la clasifican entre las ciencias. Sin embargo, lo anterior no es sufi-

** Traducción al español: José Félix Cataño Molina, profesor asociado, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional. Con autorización expresa de los autores.
Dirección: jcatano@zeus.uniandes.edu.co

cientista para dar cuenta de la permanencia de tal convicción. Las razones de la asimilación de la economía política a una “ciencia dura” son permanentes. Intentaremos mostrar que ellas tienen que ver menos con el rigor formal o el grado de elaboración de las proposiciones defendidas que con la *naturaleza del enfoque que caracteriza la teoría de los precios y del valor*, es decir, con una cierta economía política. En realidad, es este enfoque el origen de la invasión de la economía por las matemáticas y no a la inversa.

Sin embargo, de la misma manera que hace mucho tiempo la pretensión de los economistas a “hacer de la ciencia” poco convenció a los contemporáneos por fuera de un círculo bastante restringido de adeptos, hoy también la vocación de ser una “ciencia dura” no parece ser realmente aprobada sino por una parte de la profesión. La economía generalmente no hace parte de los dominios cubiertos por la “vulgarización científica” y su estatus permanece a los ojos del gran público bastante singular, más próximo a una disciplina embrionaria que a una ciencia. Más importante aún es el hecho de que, hoy como ayer, la mis-

ma comunidad de economistas está dividida sobre la cientificidad de la economía. Lo anterior nos sugiere que esta cuestión es más bien un tema de discusión en el interior de la disciplina que algo que posea un alcance epistemológico general.

El objeto de este artículo es el tratamiento conjunto de los dos temas que acabamos de enunciar. La tesis aquí defendida es la siguiente: lo que explica que la economía haya pretendido un estatus científico y, al mismo tiempo, que haya sido atacada en varios aspectos a lo largo de su historia es que ella se formó como teoría del valor y de los precios. Una manera de mostrarla es sacar a luz la sobresaliente conjunción entre la especificidad del dominio cubierto por la economía y la elección del método que la ha conducido hacia una dirección determinada y susceptible de ser controvertida. La particularidad del objeto de estudio de nuestra disciplina proviene de la forma cuantitativa que toman ciertas relaciones sociales. La crucial elección teórica es la negativa de considerar como significativa la forma fenomenal de las magnitudes económicas (las cantidades moneta-

rias) y la voluntad de poner en evidencia un fundamento oculto (la riqueza real). Esto último será el objeto de la primera sección.

A continuación, es conveniente discernir las razones, también permanentes, por las cuales los economistas teóricos no han podido tener éxito en convencer a una parte de la profesión, ni al “amplio público culto”, de lo bien fundado de la pretensión de ser ciencia. El hecho de que la progresiva preeminencia reconocida a la teoría del valor como el enfoque típico de la economía política se haya visto asociada al desarrollo de varias formas de liberalismo mostró claramente que el debate teórico no era separable de los conflictos de interés políticos o sociales. Cualesquiera que sean su complejidad y su ambigüedad, las relaciones existentes explícitamente entre las proposiciones teóricas y los enfrentamientos políticos y sociales constituyen una circunstancia poco favorable al reconocimiento científico de las primeras. En verdad, no vamos a tratar todos esos problemas. Más decisivo nos parece el hecho de que los progresos analíticos debidos a la generalización de las matemáticas, lejos de confirmar los

resultados intuitivos de los grandes fundadores, han mostrado hasta qué punto las cuestiones más esenciales de la teoría económica del mercado permanecen sin respuesta aceptable. Al ganar en rigor, el enfoque de los economistas modernos hizo ver que aún no hay mejores razones que antes para considerar nuestra disciplina una “ciencia dura”. Es esto último lo que consideraremos en la segunda sección.

I. La economía política, una ciencia exacta: el enfoque de la teoría del valor

Recordemos primero dónde reside la especificidad de la economía con relación a las otras disciplinas o saberes que también se refieren a la sociedad. Tal cuestión no es tanto la del objeto de la economía política, algo muy permeado de preocupaciones normativas para que sea realmente útil, sino la de saber qué es lo común entre teóricos tan diferentes como Quesnay, Smith, Ricardo, Marx, Walras, Keynes, Hicks, Sraffa o Debreu, sobre los cuales todo el mundo está de acuerdo en considerar como economistas (con una pequeña duda tal vez para Marx). Además, es necesario que

este elemento común a los economistas, sobre el cual se desprenden sus singularidades, no sea esencial a las otras maneras de interrogar lo social.

Si juzgamos por lo que hacen efectivamente los pensadores reconocidos como economistas, el dominio propio de la economía no se confunde ni con el conjunto de los comportamientos racionales ni con el conjunto de las actividades materiales, tal como lo quería el viejo debate sobre el objeto de la economía política y la oposición entre la definición formal (a la manera de Robbins) y la definición real (a la manera de J. B. Say). Entre todas las relaciones sociales, los economistas escogieron las que se presentan en *una forma cuantitativa*. Aquí se trata de constatar y no de juzgar. El punto no consiste en saber si la economía debe detenerse antes o aventurarse más allá de ese dominio, sino en subrayar que los economistas en lo esencial se han consagrado a las relaciones efectivamente cuantificadas (por el dinero o por la contabilidad) y han

dejado las otras (familias, relaciones políticas, prácticas religiosas y simbólicas, etcétera) para que sean el objeto de otros saberes especializados.¹ En otros términos, lo que explica la aparición de un dominio especial de reflexión es que ciertas relaciones sociales se expresen por medio de cantidades monetarias y que a ciertas cosas (bienes) se les asocien esas magnitudes. Por encima de apreciaciones normativas diferentes, los economistas se apoderaron de un mismo subconjunto de relaciones sociales, aquél formado de relaciones que se presentan como magnitudes.

El punto central es que las magnitudes a las cuales nos referimos aquí no son aquéllas construidas por los teóricos. *Ellas son el resultado y la materia de la práctica de los mismos individuos*. El hecho de que una contabilidad de partida doble aparezca y se desarrolle no es ciertamente independiente de una reflexión de los mercaderes y sería peligroso desconocer esta ineliminable dualidad de las

1 La extensión actual del razonamiento económico a esos dominios no invalida la tesis aquí defendida: la teoría económica toma su raíz en el estudio de las relaciones sociales cuantitativas.

ciencias sociales que es la interacción entre la acción y la reflexión sobre la acción. Pero está bien claro que los modos de actuar de los mercaderes y de los otros actores de la vida económica han precedido históricamente de manera amplia las tentativas de elaboración de un saber organizado, que les concernía en su globalidad. Por eso las magnitudes que aparecen en la vida práctica (los precios monetarios, contabilidades, etcétera) serán aquí asimiladas al “real económico” que la teoría tiene como misión elucidar. A diferencia del “real sociológico” o del “real político”, lo “real económico” se presenta de *inmediato como un conjunto más o menos estructurado de magnitudes*. Tal es la constatación inicial. Esta particularidad ha jugado un importante papel en la convicción, mantenida desde el origen, de la posibilidad de un conocimiento objetivo y científico de los fenómenos económicos.

Además, es verdaderamente de ese real que hablan la mayor parte de los autores de los siglos XVI y XVII. Es ciertamente eso lo que quieren hacer inteligible construyendo cuentas correspondien-

tes a grupos de individuos y buscando los determinantes de las relaciones monetarios que los unen. La teoría de la balanza de cuentas es el ejemplo mejor conocido. Allí está igualmente el origen del desarrollo de la “aritmética política” que creó las condiciones de una reflexión rigurosa a partir de un examen crítico de los datos cuantitativos y de la elaboración de un lenguaje adaptado. Sin embargo, el carácter cuantitativo del “real económico” no es un elemento suficiente para dar cuenta de la creencia en una ciencia económica natural. Ha sido igualmente necesario que se desarrolle una actitud particular respecto de ese “real”.

Esforzándose por ir más allá de las apariencias, otros autores (o a veces los mismos) buscaron una significación oculta. Lo “real” no se podría considerar necesariamente tal cual. ¿Detrás de las cantidades de unidades de cuenta, no podemos entrever otra cosa? Desde la cuestión del “justo precio” hasta la de la “naturaleza de la riqueza”, no faltaron las interrogaciones para incitar a un esfuerzo de abstracción. Es por esta vía que la economía va a identificarse a las ciencias de la naturale-

za. No solamente el real del cual ella habla es cuantificado sino que también, y sobre todo, el modo de producir las magnitudes se identifica a una conceptualización que hace *tabûla rasa* de las apariencias.

El proceso de abstracción que conducirá a la economía política moderna es a la vez complejo y laborioso. Se desarrolló a lo largo de varios siglos pero verdaderamente no desembocó sino en la segunda mitad del siglo XVIII con Turgot y Adam Smith, principalmente. No es éste el lugar para reconstituir esa historia por lo demás bien conocida. Vale la pena, por el contrario, insistir sobre un aspecto central para el objetivo de este artículo: la condición permisiva de la elaboración de la teoría del valor es la descalificación y la eliminación de la forma bajo la cual las magnitudes económicas se presentan, es decir, las unidades de cuenta, y más allá de esto, *la evacuación de toda magnitud monetaria*.

El rechazo de toda base monetaria aparece bastante lógico. Es muy evidente que el dinero está de hecho asociado al príncipe y al conjunto de las instituciones polí-

ticas, tal como nos lo recuerdan los debates sobre los cambios monetarios, y más en general, la justificación de una acción económica del Estado. Una abstracción propiamente económica exige que la política sea expulsada de las fronteras del dominio que se investiga, y con ello, la institución monetaria. Se trata de una especie de condición previa indispensable (que sólo aparece así retrospectivamente). *La autonomía de la economía política exige este acto fundador que es la expulsión del dinero*.

Sin embargo, por esta misma acción es eliminada la “sustancia” misma de las magnitudes empíricas. Al tiempo que el dinero es rechazado aparece la necesidad para la teoría económica de producir ella misma las magnitudes. Ella se encuentra entonces en la misma posición de la física que debió “matematizar el mundo” e inventar magnitudes no perceptibles “espontáneamente” en la naturaleza. *La matematización de la sociedad se inscribe en la manera en que se construye progresivamente la teoría de la riqueza real (en oposición a la riqueza nominal). Ella es gobernada por el objeto propio de la teoría del valor,*

*surgido del rechazo del dinero como el punto de partida aceptable.*²

No es necesario recordar la pluralidad de las tentativas hechas en ese sentido, privilegiando ya sea el trabajo abstracto ya sea la utilidad. Basta notar que la teoría moderna, digamos el modelo Arrow-Debreu, comparte con sus rivales menos felices un rasgo esencial: su inicial acto positivo, la contrapartida del rechazo del dinero, es el postulado de *una lista de bienes dados antes de cualquier indicación relativa sobre los individuos y sobre la sociedad*. Los individuos se definen, en el conjunto de los bienes, imagen de la Naturaleza. Ellos son primero naturales antes de ser sociales, al menos en la interpretación naturalista que generalmente se ha

hecho de ese postulado de nomenclatura.

Una vez se admite este espacio, es posible representar a los individuos como entidades autónomas movidas por sus propios intereses, ya sea que este interés se exprese en una magnitud real (beneficio real) o ya sea como una función definida sobre los bienes (utilidad). En efecto, es sólo con relación al espacio de bienes que los intereses egoístas, considerando que ellos definen la referencia de los sujetos, pueden ponerse en relación. No sería realmente posible, sin salir del modelo mercantil, imaginar la coordinación de individuos, buscando fines definidos independientemente de los bienes (la santidad, la realización de un ideal artístico, etcétera).³ Igualmente, las relaciones posi-

2 Lo anterior no ha impedido las tentativas de reintroducir el dinero en la teoría del valor. Pero el dinero, antes que ser un punto de partida del análisis, es apenas una mercancía particular. Eso tampoco impide que una teoría económica alternativa formalizada se desarrolle. Pero hay una diferencia radical entre la aplicación de un aparato formal a un dominio definido independientemente de él (un modelo matemático que describe relaciones monetarias) y establecer unas categorías (de precio, valor, tasa, etcétera) que sólo tienen sentido por el hecho de ser las soluciones de un cierto sistema de ecuaciones. En este sentido, la tesis defendida por G. Dumenil y D. Lévy en el texto presentado a este coloquio, según la cual las matemáticas son el lenguaje de la física pero sólo son un instrumento para la economía, no se aplica a la teoría del valor. Pensamos nosotros que las matemáticas son el lenguaje de la teoría del valor y sólo un instrumento para la economía política alternativa basada en el dinero concebido como lazo social primordial (y no el espacio R_n).

3 L. Boltanski y L. Thévenot [1991].

bles o efectivas entre los individuos sólo se representan en el espacio de los bienes. Se dispone entonces de un instrumento intelectual adaptado al estudio del *ajuste entre los intereses individuales*, cuestión central e incluso fundadora de la disciplina. Lo particular (el individuo) es relacionado con lo general (la sociedad definida en el espacio de los bienes) en un enfoque científico que autoriza la explicación de la situación del primero como efecto de una ley que caracteriza la segunda.

Al estar dada la abstracción inicial, las leyes económicas aparecen como leyes naturales que escapan a la voluntad de los individuos. La ley fundamental es la del equilibrio de los mercados. Los resultados de este equilibrio pueden ser diferentes y aun opuestos a las voluntades individuales. K. Arrow ve allí *la más importante contribución intelectual que el pensamiento económico ha hecho a la comprensión del proceso social*.⁴

En ese programa de investigación era esencial inicialmente

eliminar el dinero como un objeto empírico que revelaba lo político y así construir un objeto económico explicado por la teoría del valor. Por lo tanto, el objetivo de la integración del dinero en la teoría del valor será el de demostrar la neutralidad del dinero.

La armonización de los intereses individuales debe expresarse por medio de magnitudes con el fin de completar el proceso de abstracción inaugurado por la evaluación del dinero. El real económico producido por la teoría del valor debe poseer la propiedad esencial de lo "real económico": el ser una configuración de magnitudes.

Representado en el espacio de los bienes (R^n), la riqueza de los individuos no es una cantidad sino un vector. Para reproducir las magnitudes que deben representar el real económico resulta conveniente evaluar esos vectores. Eso requiere que los precios, igualmente definidos en el espacio de los bienes, sean determinados (precios reales y no cantidades de

4 «The most important intellectual contribution that economic thought has made to the general understanding of social processes.» [Arrow 1983]

unidad de cuenta) de manera que permitan formar productos escalares para calcular la riqueza real de los individuos. La determinación de los precios implica la solución de un sistema de ecuaciones. Lo anterior es cierto mucho antes que las matemáticas hubieran sido explícitamente introducidas. Sostener, por ejemplo, que el valor intrínseco de una mercancía se define por la cantidad de tierra directamente e indirectamente necesaria para su producción [Cantillon] es una invitación evidente a la construcción de un sistema de ecuaciones susceptible de expresar rigurosamente esa determinación. Igualmente, enunciar que el valor relativo de las mercancías resulta del equilibrio entre las demandas y las ofertas que se presentan en los diferentes mercados propende por la elaboración de un correspondiente sistema de ecuaciones.

Que esos sistemas sean completamente formulados y bien construidos se debe, innegablemente, al uso ilustrado de las matemáticas. Pero es necesario insistir en que el uso de las matemáticas no es de ninguna manera accidental ni puramente utilitario pues está inscrita en el enfoque

mismo de la teoría del valor. Agreguemos adicionalmente que la *teoría del valor es matemática aún antes de estar invadida por las matemáticas*. Aquí no podemos sino recalcar la penetración de Walras:

El valor de cambio es [...] una magnitud mensurable. Y si las matemáticas en general tienen por objeto el estudio de magnitudes de este género, es seguro que existe una rama de las matemáticas, desatendida hasta hoy por los matemáticos, y todavía no elaborada, que es la teoría del valor de cambio [1987, 162].

Sin embargo, no basta determinar matemáticamente las magnitudes económicamente significativas. Es necesario además ligar estrechamente la cuantificación de relaciones sociales a la organización particular de la economía. Esta organización se resume en el término *mercado*. Sigamos todavía a Walras: «El mercado es el lugar donde se cambian las mercancías. El fenómeno del valor de cambio se manifiesta por lo tanto en el mercado, y allí es donde hay que ir para estudiar el valor de cambio» [1987, 180].

Sin entrar en las distintas representaciones que se pueden hacer del mercado, parece que al menos dos rasgos siempre están presentes: en primer lugar, los individuos constituyentes de la sociedad son libres de perseguir su interés propio (la racionalidad individual)⁵ y, segundo, ellos no son objeto de ninguna restricción exterior al mercado (el intercambio voluntario determinado por las reglas del mercado). Aquí también, la autonomía de la economía política va a la par con una formulación objetiva: la armonización de los intereses individuales por medio del mercado obedece a reglas objetivas, es decir, a leyes formulables independientemente de la existencia de instituciones políticas o de relaciones personales.

La tarea esencial de la teoría es, entonces, la de mostrar cuál es la lógica en marcha en la coordinación y la regulación de los comportamientos descentralizados y, por ende, explicar los mecanismos por los cuales las decisiones indivi-

duales se combinan para constituir una sociedad económica susceptible de describirse cuantitativamente. *En resumen, se trata de dar cuenta a la vez del aspecto cuantitativo de las relaciones económicas -lo que justifica que los conceptos económicos sean construidos como magnitudes- y del proceso social, organizado de acuerdo a reglas que deben hacerse explícitas, que les sirve de fuente: el mercado.* Tal programa de investigación define explícitamente la economía política como una ciencia de la naturaleza, susceptible de recurrir a los mismos métodos y a las mismas exigencias de prueba.

El hecho de formar un discurso cuantitativo sobre lo social independientemente del dinero, tal es la característica principal de la teoría del valor y de los precios. Sobre la base de esta teoría, reconstrucción conceptual de un "real económico" bastante diferente (pero no existe ciencia sino de lo oculto), será posible --por lo menos así se espera-- determinar

5 El contenido de esta libertad puede variar de acuerdo con las teorías económicas consideradas.

leyes y pensar en acciones prácticas conformes a esas leyes. Tal programa lo encontramos desde muy temprano: Quesnay lo aplica a partir del *Tableau économique*, mientras que Ricardo utiliza su teoría del beneficio (que es una teoría en realidad muy formalizada, como lo mostraron Bortkiewicz y Sraffa) para convencer a sus colegas del Parlamento sobre la necesidad de abolir las *corn laws*. Hoy, los medios de que disponemos han cambiado pero no su inspiración.

Es esta reconstrucción del "real económico" la que permite pensar que obedece a leyes objetivas. Todo sucede como si la economía política hubiera tenido éxito en abstraer del conjunto de relaciones sociales el único subconjunto que está regulado por leyes naturales. Lo anterior viene a justificar *ex-post* que hayan sido expulsadas por fuera de la economía, todas las manifestaciones irracionales del arbitrario político y de las relaciones personales. La armonización de los intereses individuales es verdaderamente un fenómeno complejo pero se hace merecedor de los mismos métodos de las ciencias de la naturaleza. Cuando lo necesite, el econo-

mista hará prueba de la modestia propia de la ciencias exactas, y por lo tanto, no se reconocerá ninguna competencia en la apreciación de los fines que, según él, dependen de lo irracional o de lo político, o más generalmente, de consideraciones exteriores a la ciencia. Por el contrario, su propia competencia en cuanto a los medios se afirmará como exclusiva.

En resumen, la teoría económica surgida del enfoque del valor, en razón de su propio proceso de constitución, se presenta como análoga a las ciencias de la naturaleza. Puede entonces aparecer bastante natural que los autores que han trabajado en su elaboración hayan reivindicado un estatuto científico para su reflexión.

De hecho, desde el nacimiento de la disciplina abundaron reivindicaciones en ese sentido aun antes que una formalización efectiva se hubiera propuesto. La referencia a las matemáticas es en esta primera época un "lugar común", escribe un observador particularmente ilustrado, aunque sea más una petición de principio que una incitación a ejerci-

cios efectivos.⁶ Será preciso esperar a Nicolás Isnard (bastante tarde en el siglo) para que las matemáticas sean realmente utilizadas.

Dupont de Nemours martilla con tal fuerza la reivindicación de cientificidad que puede anunciar al lector próximos resultados tan seguros en economía como en física.⁷ Varios autores bien advertidos de lo que sucedía en las ciencias duras (habiendo contribuido también en ellas) pensaron durante largo tiempo que la economía política participaba del mismo enfoque. Pensemos en Turgot y Condorcet. Como bien lo muestra J.C. Perrot, existía en esta época y en muchos pensadores un postulado de unidad del mundo real que englobaba la sociedad, con lo que se justificaba que un razonamiento válido para la física (mecánica o hidráulica) fuese extendido a la economía.

Las razones invocadas en otras épocas para conferir un

estatuto de “ciencia dura” a la teoría de los precios han podido evolucionar y hoy no son las mismas. No obstante, lo que importa subrayar es que, más allá de esa diversidad, existen razones de fondo y permanentes para tal reivindicación, y es lo que la reconstrucción, antes evocada, del proceso de abstracción por el que se formó la teoría del valor intentó poner en evidencia. En otros términos, aunque se puedan añadir hoy razones suplementarias a favor de la cientificidad de la economía, creemos que las razones esenciales están en otra parte y no dependen de un “progreso” reciente.

Adicionalmente, es lo anterior lo que permite comprender que los “progresos recientes” no hayan tenido éxito en superar el escepticismo o desconfianza que encontramos hoy como ayer en una parte de los economistas y en el público. Allí igualmente existen razones permanentes.

6 El lector consultará con interés la obra reciente de J.C. Perrot [1992] la cual proporciona un sobresaliente análisis de los debates sobre la cientificidad de la economía en el siglo XVIII.

7 Ver la advertencia al libro *Physiocratie*, editado por Dupont de Nemours en 1768.

II. La cientificidad de la economía: la permanencia de una duda irreductible

La reivindicación de cientificidad es sospechosa porque no es evidente. Es difícil convencer que la economía habla en nombre de la verdad científica al mismo tiempo que sus proposiciones son generalmente llenas de importantes puntos de discusión. Las orientaciones políticas o ideológicas de la disciplina son más claras a los ojos del público que las virtudes terapéuticas de las recomendaciones de los economistas. Podemos sospechar igualmente que la adhesión a las diversas corrientes o escuelas obedece menos al grado de coherencia interna o de la validez empírica de las teorías que a la simpatía filosófica que ellas inspiran o por estar más conformes con intereses bien entendidos.

En verdad, esa última observación pone de presente a la vez las insuficiencias del público y la no-cientificidad de la economía. Indica, de todas maneras, una dificultad específica que la economía debe superar y que poco tiene que ver con las ciencias en gene-

ral. Mientras que las pruebas de eficacia práctica de estas últimas se reciben de manera relativamente fácil, es muy difícil convencer al cuerpo social de que los economistas son responsables de una situación que sería mucho peor sin ellos...

Si bien el hecho de que los legos no crean en la cientificidad de la economía no es un argumento convincente para discutir lo bien fundada que sea una reivindicación exclusiva de los especialistas, debe quedar claro que este elemento no se puede despreciar. Aunque este punto no hace parte de las líneas que siguen, la débil convicción del público en la cientificidad del saber de los economistas, ayer como hoy, es un dato que no se puede eliminar del problema. Parecería que tal sentimiento estuviera en relación con el hecho de que una parte de los economistas, en todas las épocas, siempre ha expresado un escepticismo sobre ese punto, sentimiento susceptible de ser alimentado hoy por una reflexión interna en la disciplina.

Desde ese punto de vista, los cambios considerables debidos, primero, a la formalización y a la

utilización de las técnicas cuantitativas, y segundo, a la organización de la profesión (especialización de tareas, redes de difusión y de la selección de trabajos, etcétera) no han cambiado realmente ese estado de cosas aunque hayan permitido una verdadera profundización en los debates. Paradójicamente, para los economistas escépticos es hoy sin duda más fácil que ayer defender la idea de que, a pesar de su gran interés, la economía política no puede pretender un estatus científico: la evolución reciente de la disciplina ha revelado al mismo tiempo tanto sus límites como sus potencialidades. Pero, al contrario, ahora es más difícil ser oído: la profesionalización de los economistas y la organización de la “ciudadela de sabios” dejan cada día menos lugar para la expresión de las dudas...

Desde de su constitución, la economía política tiende a dar una imagen racional de las relaciones de mercado. En este enfoque ella se presenta como un discurso completamente hipotético - deductivo,

y por esa condición aparece como análoga en rigor a las matemáticas. El programa de investigación es bien conocido. Retomando la formulación de K. Arrow, G. Debreu [1989] resume lo que él denomina *the outstanding scientific question* (fundadora de la economía política desde Cantillon) de la siguiente manera: «¿por qué un amplio número de agentes motivados por su propio interés y realizando decisiones independientes no crean un caos social en una economía de propiedad privada?» [1989, 131].⁸

Tal cuestión es efectivamente esencial porque de ella depende lo bien fundamentado del enfoque del valor mencionado antes en la primera parte. La teoría de los precios no es un dominio particular de la teoría económica (como serían el intercambio internacional o los ciclos) pues ella es la que hace a la teoría económica algo concebible y racional. Se trata en realidad de un dominio privilegiado para examinar lo que ha llegado ser hoy la pretensión inicial de la

8 «why a large number of agents motivated by the self interest and making independent decisions do not create social caos in a private ownership economy?»

ciencia. Si en verdad el programa es el conocimiento de las leyes de la coherencia económica. ¿Qué podemos decir hoy del grado de su realización? ¿Estamos hoy más avanzados en ese punto capital que hace un siglo?

La respuesta es evidentemente positiva pero no parece apoyar la creencia en la existencia de una "ciencia dura".

Los últimos cincuenta años parecen caracterizarse en este punto por progresos decisivos en las posibilidades de verificación lógica de las intuiciones de los teóricos del pasado.

Agrupemos nuestras observaciones en torno del concepto de equilibrio general considerado como esencial por la profesión. Dos puntos parecen tan cruciales como evidentes:

- en una situación de equilibrio general, todos los individuos obtienen sus asignaciones deseadas a los precios vigentes;
- en una *economía de mercado*, el equilibrio general es el resultado de un ajuste de las acciones individuales.

Es precisamente respecto a esos dos puntos que una mayor exigencia en el rigor hizo aparecer las dificultades más graves, no superadas hasta el momento.

Con hipótesis muy precisamente formuladas, sabemos que existe al menos un equilibrio general caracterizado por la anulación de las demandas excedentes agregadas en los diversos mercados, pero también, que este equilibrio obtenido de esa manera, suponiendo que sea único, no garantiza de ninguna manera la compatibilidad de las demandas excedentes *individuales*. Se ha mostrado, además, que esa compatibilidad exigía la existencia de un medio general de intercambio (el dinero).

Este resultado es a la vez importante y ampliamente desapercibido.

Es importante desde el punto de vista de la descripción si el objetivo es de todas maneras el de representar una economía de mercado donde los intercambios hacen parte del conjunto de las acciones individuales. En la teoría estándar, esas actividades no aparecen ya que son reemplazadas

por un dispositivo centralizado (el sistema centralizado de cuentas evocado por Debreu, por ejemplo). Tal descuido respecto a las asignaciones *individuales* es tanto más sorprendente cuanto que por ello se privan de todo contenido los teoremas respecto a la optimalidad de las asignaciones (individuales) de equilibrio. ¿Qué puede significar un óptimo paretiano si no se puede asegurar, a menos que se eche mano de un subterfugio, que los individuos alcancen sus objetivos a los precios de equilibrio?.

Esa dificultad para representar teóricamente los intercambios descentralizados a precios de equilibrio ha sido puesta en evidencia por los trabajos de Veendorp y Ostroy, y los de Starr. Ahora bien, es palpable que las actividades de intercambio se han ignorado. Al contrario de las condiciones matemáticas de existencia de las funciones o correspondencias de demanda, ellas no son el objeto de una hipótesis explícita en la exposición de la teoría. Sólo ciertos autores que se interesan por la teoría monetaria la toman en consideración. Volvemos a encontrar la división, tan antigua como

injustificada, entre la teoría del valor y la teoría monetaria.

Igualmente, hoy se reconoce con claridad que las intuiciones de los antiguos autores sobre la estabilidad de los procesos de mercado susceptibles de conducirlo al equilibrio son negadas por el progreso del análisis. No solamente el modelo canónico de tanteo walrasiano no es globalmente estable en el caso general, no solamente se excluye que otra regla descentralizada cualquiera sea suficiente para llegar al equilibrio (teorema de Saari), sino que, además, no parece posible hoy elaborar una teoría aceptable del proceso de mercado con transacciones efectivas fuera del equilibrio (el no-tanteo), las únicas que están de acuerdo con la intuición común que todos tenemos del mercado. Por otra parte, este terreno de investigaciones ha sido progresivamente abandonado en razón de su insuficiencia productiva. El hecho de que, aun partiendo de las hipótesis aceptadas normalmente, no haya sido posible construir un proceso de formación de los precios de equilibrio es desastroso si recordamos que la tarea fundamental de la teo-

ría es hacer inteligible la coordinación por medio del mercado.

De hecho, los principales resultados teóricos se obtuvieron utilizando teoremas de existencia de equilibrios generales con las hipótesis más diversas y *estando obligados a excluir* el problema de saber cómo esos equilibrios se logran en la sociedad de mercado estudiada. Este método posee efectos negativos sobre la ciencia económica contemporánea y sus posibilidades de desarrollo.

La separación entre la existencia y la formación de precios de equilibrio se ha justificado de dos maneras. La primera es la necesidad de verificar la coherencia del sistema formal por el cual se representa el equilibrio. Si las ecuaciones (o desigualdades) no fueran de alguna manera coherentes, es decir, si no tuvieran una solución económicamente significativa, la definición y la teoría del equilibrio serían *vacías*. La segunda es que el estudio del proceso de ajuste hacia el equilibrio no tiene sentido a menos que el equilibrio exista. En el caso contrario, retomando la expresión de Morishima, un estudio de este

género tendría igual justificación que "la compra de un billete de una lotería sin premio" [1976, 185].

Es apenas, tras una treintena de años, con la toma de conciencia del fracaso del estudio de la formación de los precios que se pasó a otra interpretación muy diferente. En lugar de ser la prueba de la coherencia del sistema de ecuaciones que describen la situación de equilibrio, los teoremas son utilizados como si respondieran a un problema totalmente diferente: la coherencia de la sociedad de mercado.

Por lo tanto, los límites del conocimiento teórico contemporáneo se identifican, en gran medida, con los límites de los teoremas de existencia que constituyen la parte más substancial de ese conocimiento. No obstante, esos teoremas no proveen *ninguna* respuesta a la cuestión del equilibrio en una sociedad mercantil, que consiste en *la anulación de los excesos de demanda individuales obtenidos como resultado de un proceso de ajuste*. Los citados teoremas sólo demuestran la existencia de precios que anulan los excesos de demanda, pero nada dicen sobre cómo se obtiene este

resultado. Aun si se admitieran hipótesis suplementarias y artificiales sobre la organización de los mercados, los teoremas de existencia no pueden ser considerados como un objetivo que debiera alcanzarse. Ellos deberían ser algo previo a la sola investigación que posea un interés científico, a saber, el estudio del proceso de ajuste entre las decisiones tomadas y las realizadas de manera descentralizada. Al cabo de los años, parece que se han alejado de esta idea. Con raras excepciones, no solamente tal estudio no se emprende sino que además su *misma necesidad no es ya ni siquiera mencionada*. Si antes la aspiración principal de un economista teórico era ligar su nombre a un “efecto”, ahora es la de ligarlo a un tipo de equilibrio cuya existencia logró demostrar. ¿No se aproxima esta parte de la profesión peligrosamente a los “loros” de que hablaba Samuelson?⁹

En el mejor de los casos habremos aprendido que la defini-

ción de equilibrio utilizada no es vacía. Pero nunca sabremos nada sobre el equilibrio de la economía (abstracta) que nos hemos dado como objeto de estudio. Lo único que podremos decir es que si los precios de equilibrio son señales para los individuos, estos últimos calcularán sus planes de actividades, los cuales serán mutuamente compatibles una vez sean agregados.

Despejemos una posible ambigüedad. Una interpretación ingenua de la distinción que hace Walras [1987, 116] entre la solución “teórica” (matemática) y la solución “concreta” (por medio del mercado competitivo) del problema del equilibrio podría hacer pensar que reprochamos a la teoría del equilibrio general su excesiva abstracción. Nada de eso. La *outstanding scientific question* de Debreu es evidentemente un problema abstracto. La respuesta a esta cuestión es también necesariamente abstracta. En esto no puede caber ninguna

9 Desde los años 40, Hicks y Samuelson subrayaban de manera premonitoria los límites estrechos de una teoría que no va mucho más allá de la demostración de la existencia del equilibrio general. Hicks veía en esto la razón de «la esterilidad del sistema walrasiano» [1939, 61] y Samuelson, un peligro para la profesión: «Si no puede decir más que esto, el economista será verdaderamente vulnerable a la queja de que es sólo un loro que aprendió a decir *oferta y demanda*». [1947, 257]

duda.¹⁰ No obstante, tampoco puede haber duda en que la única respuesta aceptable a ese problema es la de un equilibrio que sea un resultado posible de un proceso de ajuste.

En una economía de mercado (abstracta) el equilibrio depende fundamentalmente de la manera en que se regulen los *desequilibrios*. Es precisamente este punto lo que distingue la cohesión *a posteriori* de una economía mercantil de la cohesión *a priori* de otros tipos de economía (las planificadas, por ejemplo).

El proceso es muy complejo y las investigaciones emprendidas hasta hoy han fracasado. Quedan así excluidos del dominio tratado por la teoría los fenómenos tales como las transacciones efectivas por fuera del equilibrio, las "sanciones" del mercado (quiebras o sorpresas "favorables") o los ajustes hacia el equilibrio. Es útil hacer notar que la hipótesis de expectativas racionales que reemplaza el mecanismo mercantil por

la transparencia de la sociedad para el cálculo individual conoció el éxito que conocemos tras la constatación de los fracasos del análisis de la estabilidad a lo largo de los años 70.

Se comprende, por ende, que tantos fracasos terminen por ser desalentadores y que ese tema de investigación se paralice. La diversificación y apertura de nuevos campos de estudio es natural y es positiva. No sucede igual con la desaparición casi absoluta de la interrogación sobre la coherencia de la economía mercantil por atribuir a los teoremas de existencia un alcance y un efecto de conocimiento que no tienen. Actuando de esa manera, la economía teórica se aleja de la ciencia. Del mismo modo, sus posibilidades de desarrollo se encuentran amenazadas por los efectos negativos en la formación de los futuros investigadores. Se puede pensar que la organización actual de la profesión constituye un factor desfavorable en la medida en que la exigencia de obtener rápidos resul-

10 «El equilibrio general es una respuesta abstracta a una abstracta e importante pregunta: ¿puede ordenarse una economía descentralizada que confía sólo en las señales de los precios para la información del mercado?» [Hahn 1981, 179]

tados desvía a los investigadores de los dominios más inciertos (aunque sean esenciales).

Los resultados negativos en materia de estabilidad no deben conducir a descuidar u olvidar esa cuestión. Además del argumento de principios que acabamos de evocar, existe una razón precisa. Sólo por medio de hacer explícitos los procesos de ajuste adecuados a la economía mercantil es que podemos esperar resultados de existencia que posean una significación (aunque la ausencia de precisión sobre la estabilidad restringe evidentemente su alcance). En otros términos, el modelo de referencia de la economía mercantil no debe ser un modelo estático. Desde que reconozcamos que la economía de mercado se caracteriza por "efectos de trayectoria", sólo es aceptable un modelo dinámico que describa un ajuste efectivo.

Lo que contribuye a oscurecer ese punto es que el modelo canónico de ajuste al cual se refiere la profesión, a saber, el tanteo

walrasiano, está desprovisto de tales efectos. Los puntos de convergencia, en el caso de estabilidad del proceso, son soluciones de un sistema estático. Por ese hecho podría creerse que encontrando unas condiciones de estabilidad económicamente aceptables para el tanteo¹¹ se resolvería la cuestión central de la teoría de precios y se justificaría *ex post* el interés de los teoremas de existencia establecidos en modelo estático.

Razonar de entrada en la modelización del ajuste del mercado, aún sin resultados sólidos sobre la estabilidad, presenta la inmensa ventaja de concentrar la atención sobre el proceso de formación de precios y, por lo tanto, sobre *the outstanding scientific question*. En esta perspectiva, el tanteo walrasiano aparecerá claramente como una descripción inadecuada del mercado (en el mejor de los casos, de un socialismo de mercado a la manera de Oskar Lange).

Tras el fracaso de las teorías de no tanteo,¹² que se agrega al del

11 Lo que parece ser el resultado obtenido por W. Hildebrand [A-359].

12 Fisher [1983].

tanteo, parece difícil imaginar que los procesos de mercado puedan ser contruidos sin que se tome en consideración la organización monetaria de los intercambios. La introducción del dinero en la base misma de la coordinación mercantil constituiría una crítica de la abstracción que permitió la constitución de la teoría del valor. Pero esto todavía queda por hacer...

Esbozemos una conclusión provisional. El modelo de base de la teoría económica no solamente excluye el dinero sino que, y sobre todo, es refractario a su introducción. Se han acumulado así tres dificultades de fondo: el alcance de los objetivos por medio del intercambio, la formación de los precios, y el dinero. Todo esto nos parece ligado al método adoptado, es decir, en primer lugar, la separación entre economía real y del dinero (de la cual vimos su importancia en la constitución de la economía como ciencia natural), en segundo lugar, la separación en el seno de la primera de la existencia, de la realización y de la estabilidad del equilibrio. Es evidente que toda ciencia implica una abstracción. No obstante,

podemos preguntarnos si la elaboración de las teorías sobre la existencia de equilibrios no monetarios a partir de diferentes hipótesis es una abstracción aceptable y fecunda. En efecto, la economía "ideal" al ser no monetaria y equilibrada, implica que la cuestión del dinero sólo pueda ser planteada como la adjunción de un bien particular que haga parte de la dotación inicial (y por lo tanto final) de los agentes y que venga a resolver las llamadas imperfecciones (en particular la ausencia de un sistema completo de mercados y/o del dispositivo walrasiano de realización de las transacciones.) Respecto a la formación de los precios, ella se encuentra relegada en un apéndice sobre las propiedades del equilibrio, lejos de la del óptimo o muchas veces pura y simplemente omitida.

¿No es absolutamente sorprendente que la economía de mercado ideal o abstracta sea un sistema donde han sido evacuadas las características esenciales de la economía de mercado, esto es, los intercambios y el ajuste de las actividades individuales? Como ardiente defensor de la teoría pura, León Walras

reivindica la legitimidad abstracta de los "tipos ideales" a partir de "tipos reales" tales como el intercambio, la oferta, la demanda, el mercado... Puede medirse fácilmente la distancia entre el incontestable maestro de la teoría dominante y la concepción que acabó por imponerse en los últimos treinta años según la cual el mercado ideal se identifica con la ausencia de mercado. Lo que se le debe reprochar a la teoría económica no es su abstracción sino su mala abstracción.

La situación actual parece bastante confusa: al mismo tiempo que aparece cada vez más claramente la dificultad de desarrollar los enunciados científicos sobre su propio terreno, la economía política se ocupa de "endurecer", de hecho a formalizar, dominios tradicionalmente ocupados por disciplinas vecinas. Un ejemplo significativo es la sociología del trabajo, pero también podemos mencionar las relaciones industriales y la teoría de los contratos.

De manera general, todo el mundo acepta considerar que la renovación actual de la investi-

gación se caracteriza por su fragmentación, lo que ha permitido que se conozca mejor que en el pasado el funcionamiento de mercados particulares. Todo esto es verdad pero es algo incompleto. Es necesario todavía agregar que no se trata de la profundización en temas particulares que muy naturalmente fuesen derivaciones de la existencia de un marco general de pensamiento que se juzgara aceptable. Asistimos más bien al aflojamiento de las investigaciones particulares que se realizan en la ausencia de tal marco y, en realidad, estando conscientes del fracaso en el nivel general. Todavía no se han podido llevar los resultados particulares obtenidos a leyes generales. La única unidad de estas investigaciones, micro o macroeconómicas, es la referencia al cálculo económico individual. Sin embargo, ese cálculo no es ni necesario ni suficiente para la explicación del equilibrio general. No es necesario porque el único resultado disponible (los teoremas de existencia) no depende de la maximización de una función objetivo puesto que sólo bastan la continuidad de las funciones de demanda y la ley de

Walras.¹³ No es suficiente porque de ese cálculo sólo se pueden deducir las actividades deseadas, quedando sin explicación lo esencial: las actividades efectivas. Para alcanzar este último objetivo hace falta una teoría de la coordinación que hoy sabemos no existe y para la cual el cálculo individual no tiene nada que aportar.

Si son verdaderas, estas observaciones muestran que no se pueden confundir aplicación de un método de pensamiento riguroso y "ciencia dura". La puesta en práctica de técnicas de análisis rigurosas y controlables constituye indiscutiblemente un progreso considerable. Además, eso estaba inscrito en la forma misma en que se constituyó la disciplina. Pero la admiración y la estima que suscitan tales perfeccionamientos no pueden impedir ver que uno de los resultados obtenidos es la crítica a la pretensión inicial: el dar una representación rigurosa y racional de la sociedad mercantil. En lugar de aproximarse progresivamente al objetivo principal,

los avances de la economía política hacen entrever la necesidad de que renuncie a lograrlo. El discurso económico es cada vez más rigurosamente construido pero, al mismo tiempo, aparecen más evidentes las dificultades que encuentra para dar cuenta de la institución fundamental de la sociedad mercantil: el mercado.

Tal conclusión parecerá injusta a la mayoría de los economistas que preferirían poseer una interpretación mucho más optimista. Se dirá que los progresos de la disciplina la han madurado y que ella sólo se da como objetivos inmediatos aquellos que puede lograr multiplicando los modelos parciales y acumulando los resultados particulares, bajo la esperanza que un día será posible obtener la unificación.

Indudablemente, no es posible decidir tal debate. Nadie puede pretender controlar el futuro de la economía política. Por esa razón, en su estado presente parece bastante imprudente sostener que se haya convertido en una

13 La ley de Walras implica solamente que el individuo escoge un punto en su frontera de su conjunto presupuestal sin que en ese punto la utilidad sea máxima.

“ciencia dura” al verse que uno de sus objetivos fundamentales, como el horizonte, se aleja a medida que se avanza.

Referencias

Arrow, K. 1983. «Economic Equilibrium», *General Equilibrium, Collected Papers of K.J. Arrow*, vol 2, Blackwell.

Boltanski, LyThévenot, L. 1991. *De la justification. Les économies de la grandeur*, París, Gallimard.

Debreu, G. 1989. «Existence of a General Equilibrium», *General Equilibrium*, MacMillan, New Palgrave, 131.

Dupont de Nemours (ed). 1768. *Physiocratie*.

Fisher, F.M. 1983. *Desequilibrium fundations of equilibrium economics*, U.P.

Hahn, F. 1981. «General Equilibrium Theory», *The crisis in Economic Theory*, ed. by D. Bell y I. Kristol, Harper. [Ed. en español *La crisis en la teoría económica*, Buenos Aires, Ediciones El cronista comercial, 1983].

Hicks, John. 1939. *Value and capital*, Oxford.

Hildebrand, W. «Market demand theory and empirical evidence», Discussion paper A-359.

Morishima, M. 1976. *The Economic Theory of Modern Society*, Cambridge, Cambridge University Press.

Perrot, J. 1992. *Une histoire intellectuelle l'économie politique*, París, EHESS.

Samuelson, P. 1947. *Foundations of Economic Analysis*, Cambridge, Mass.

Walras, L. 1987. *Elementos de economía política pura*, Madrid, Alianza Editorial.